
Tres modelos para el análisis histórico de las relaciones hombre/espacio en Sudcalifornia (1500-1940)

Micheline Cariño*

Introducción

La aridez, el aislamiento y la escasa población de Baja California Sur pueden resultar engañosos ante un primer acercamiento a la historia de esta tierra; se podría creer que por esas características, aquí no pasó nada... El pasado indígena no legó imponentes construcciones; el poblamiento colonial fue tardío, lento, y produjo modestas misiones esparcidas en el desierto; su incorporación al mercado interno nacional en los siglos XIX y XX fue mínimo. Entonces, ¿por qué es interesante la historia de este descarnado antebrazo de México?, ¿cuáles son los procesos relevantes en el nivel nacional —e incluso internacional— que del pasado sudcaliforniano son susceptibles de despertar el interés de los amantes de la historia?

El propósito de este trabajo consiste en mostrar un aspecto no sólo relevante, sino realmente *sui generis* del emocionante y rico pasado sudpeninsular. A nuestro parecer, el enfoque *ecohistórico* resulta idóneo para mostrar que la historia sudcaliforniana refleja la lucha de los hombres que poblaron esta tierra por adaptarse, producir su sustento y permanecer en una de las regiones más áridas y aisladas del país y del continente. Más de treinta siglos de relaciones entre los hombres y el espacio en Sud-

california permiten analizar la historia regional desde una perspectiva que revela empresas titánicas y un conocimiento del ambiente que, al compararlos, difícilmente tienen parangón en la historia nacional. De tal forma, la grandeza y riqueza histórica de una región como ésta pueden ser medidas por parámetros distintos de los que representan tanto los vestigios artísticos y arquitectónicos como la existencia de procesos socioeconómicos y políticos de la historia tradicional.

Respecto a las relaciones entre las sociedades y su entorno, resulta que hay mucho que estudiar del pasado sudcaliforniano, tanto, que sería absurdamente ambicioso abordar aquí profunda y detalladamente el tema.¹ Por ello me limitaré a presentar en esta síntesis las principales líneas de análisis de la *Historia ambiental de Sudcalifornia*.

El enfoque teórico metodológico que sustenta este estudio es la *ecohistoria*. Esta especialidad de la historia analiza las relaciones hombre/espacio insistiendo en la formación y evolución de las estrategias de aprovechamiento, conservación y explotación de los recursos naturales. Así, en esta investigación privilegiamos y destacamos las formas de apropiación, aprovechamiento y explotación de los recursos naturales, que en diversos periodos desarrollaron las diferentes sociedades del medio geográfico peninsular.

* Universidad Autónoma de Baja California Sur.

En suma, nos propusimos responder a los siguientes cuestionamientos: si el entorno bajacaliforniano ha sufrido ciertas transformaciones desde que los primeros hombres llegaron a poblarlo hasta la fecha, ¿cómo han incidido estas características en la formación de las sociedades y diversas culturas que han extraído de él la base de su economía y los fundamentos de su cultura?, pero, también, ¿cuáles han sido las transformaciones que sobre el medio geográfico han efectuado esas sociedades en tal proceso?, y consecuentemente, ¿de qué manera afectan estas transformaciones espaciales a las nuevas formas de organización social?

Para responder a estas interrogantes identificamos tres modelos que engloban y caracterizan las estrategias dominantes por medio de las cuales se han establecido las relaciones hombre/espacio en la historia sudpeninsular. Estos modelos son: la adaptación simbiótica hombre/espacio, el aprovechamiento integral de los recursos naturales y el saqueo de la riqueza sudpeninsular. Mediante estos modelos nos remitimos a las diferentes épocas y culturas de la historia sudpeninsular que han coexistido en la región durante varias décadas y en diversas circunstancias.

I

El primer modelo que abordamos corresponde a la estrategia de *adaptación simbiótica de los hombres al medio geográfico*. Ésta fue característica de las sociedades indígenas de la península y probablemente fue el rasgo cultural más destacado de las tres etnias de colectores-cazadores-pescadores que poblaban el espacio bajacaliforniano.

Los pericúes (al sur), los guaycuras (al centro) y los cochimíes (al norte) basaron su organización socioeconómica en el aprovechamiento integral de los recursos bióticos de las diferentes regiones de la península. El respeto a la capacidad de carga de los ecosistemas, así como un profundo conocimiento de la diversidad y cantidad de los recursos, determinaron

las principales características culturales de estas sociedades.

Satisfacer las necesidades alimenticias fue sin duda su principal preocupación y ocupación. Su régimen debió ser bastante completo, ya que las descripciones de conquistadores, exploradores y misioneros, así como las investigaciones arqueológicas, aseguran que los californios eran más altos que los indios mesoamericanos, longevos y tenían cuerpos ágiles y esbeltos.

El necesario equilibrio entre la densidad demográfica y la disponibilidad de recursos explica que la región del Cabo haya sido la más poblada. La aridez de las regiones del Desierto Central provocó la existencia de una población menos numerosa y más dispersa. Desigualmente distribuida, la población total de las tres naciones californias en el momento de la llegada de los misioneros se calcula entre 40,000 y 50,000 habitantes.²

Dada la fragilidad y la frugalidad de los ecosistemas peninsulares, únicamente una estricta organización espacial pudo permitir a los californios hacer frente al desafío de la subsistencia. La delimitación de los territorios de recorrido en los cuales cada grupo podía disfrutar de los agujajes, de los vegetales de colecta y de la fauna terrestre y marina, se impuso como único medio para subsistir. Ante esta situación fue adoptada la organización social por *bandas*.³ La permanencia de la banda en cada territorio de recorrido variaba según la disponibilidad de agua y de alimentos en las diferentes épocas del año y también de acuerdo con las características de cada año.

La organización del trabajo era típica de una sociedad seminómada: los hombres cazaban, pescaban y fabricaban ciertos utensilios, arcos y flechas entre otros; las mujeres preparaban los alimentos, acarreaban leña y fabricaban los útiles que debían ir tejidos o trenzados. Para crear sus utensilios empleaban, de acuerdo con la región, cuerdas de agave, carrizos, huesos, cuernos de venado, carapachos de tortuga y una gran variedad de ramas. Empleaban una tripa o vejiga para acarrear agua y un cuero para transportar provisiones. Ambos

sexos colectaban del medio natural los materiales para la confección de su precaria vestimenta y abundantes ornamentos. En general, los californios no construían habitaciones, utilizaban las cavernas, la sombra de los árboles y las piedras para resguardarse del viento y del sol. Solamente los pericúes fabricaron paravientos con ramas y palos.⁴

El problema de la escasez del agua fue resuelto a través de las fuentes en torno de las que se organizaban los territorios de recorrido, así como por un profundo conocimiento de las diversas especies de plantas capaces de almacenar líquido. Extraían los jugos de estas plantas para substituir temporalmente la falta de agua fresca.⁵

Por su abundancia, su sabor y la cantidad de agua que contienen, las *pitahayas*⁶ y las ciruelas (*Cyrocopra edulis*) eran consideradas como manjares. Una planta típica en el régimen alimentario de los cochimíes y de los guaycuras era el agave o mezcal (*Agave deserti* y *Agave shawii*), del que podían disponer aun durante los periodos de mayor sequía. Los granos eran consumidos generalmente después de haberlos asado y molido. Las raíces más comúnmente consumidas por los californios eran la yuca (*Yucca valida*) y la jícama (*Pachyrhizus aungulatus*). Esta última les proporcionaba también una buena cantidad de agua. Entre los tallos, los más apreciados eran los carrizos, de los cuales chupaban el jugo.

Cuando los recursos alimentarios eran abundantes una importante norma de conducta consistía en no consumir todo lo que la naturaleza les ofrecía, sino ingerir únicamente los alimentos que pudieran pudrirse y que no eran susceptibles de ser conservados mediante sus propias técnicas.

La simbiosis que los californios tuvieron con su medio geográfico puede ser percibida también mediante las diferentes estrategias para la obtención y la preparación de los alimentos. Aunque su régimen alimentario haya tenido como base el consumo de recursos de origen vegetal, la carne de diferentes animales terrestres y marinos fue un complemento importante en su dieta.

Los californios incluían en su régimen animal sobre todo las pequeñas especies, tales como insectos, roedores y reptiles, todos abundantes en las zonas áridas. Esta preferencia se explica por el gran esfuerzo físico que implicaba la caza del venado, del puma o del borrego.

En la composición de la dieta aborígen, la fauna marina constituía un aporte alimenticio más importante que la de origen terrestre, por su abundancia en las costas del Golfo y del Pacífico y a causa de la facilidad de captura de ciertas especies marinas. El orden de preferencia en la explotación y el consumo de los recursos marinos fue: moluscos, peces, tortugas y mamíferos marinos. Los moluscos eran colectados masivamente en los fondos arenosos de las bahías y esteros poco profundos. Sin embargo, investigaciones de los concheros prueban el alto nivel de simbiosis que los autóctonos peninsulares habían alcanzado en relación con el medio marino. La composición de estos vestigios muestra que los californios practicaban una estricta selección de tallas en la captura de las diferentes especies de moluscos marinos.⁷

La pesca se practicaba sobre todo por medio de trampas, tales como la construcción de represas en la boca de los esteros y el envenenamiento del agua empleando el garambullo y la pitahaya agria. La pesca de peces con la ayuda de anzuelos y arpones se practicaba lejos de las costas, sobre balsas.⁸ El consumo de tortugas era frecuente y su captura se practicaba sobre la playa o en aguas poco profundas.

En síntesis, hay que retener que la subsistencia y la reproducción social de los californios fue posible gracias a su profundo conocimiento de las características biogeográficas de su ambiente, y a la puesta en práctica de diversos medios para aprovecharlo sin atentar jamás contra el equilibrio de los ecosistemas.

El sistema de adaptación simbiótica al medio geográfico desarrollado por los californios estaba basado en las tres estrategias siguientes:

1. Una gran economía energética, es decir, el establecimiento de una relación proporcional entre el gasto de energía

- en la obtención de alimentos y la energía que éstos les aportaban.⁹
2. Un uso variado e integral de la diversidad biótica, logrado mediante el consumo completo de varias especies, igual que por el empleo múltiple de sus estructuras.
 3. La preservación del equilibrio ecológico para evitar el agotamiento de los recursos mediante límites de explotación y con el fin de asegurar la recuperación natural de los aguajes y de las especies vegetales y animales.

La simbiosis hombre/espacio de los californios, desarrollada al cabo de largos siglos, fue desarticulada en unas cuantas décadas a partir de la penetración misional y la imposición de nuevas formas de vida, ajenas al potencial natural de subsistencia de Baja California.

La idea más difundida respecto a los medios que los jesuitas emplearon para establecer sus misiones y lograr cierto control sobre los californios, fue darles alimentos a cambio de obediencia y sumisión.¹⁰ No obstante, el establecimiento de una dependencia inmediata de los californios hacia los alimentos que los misioneros les daban nos parece insostenible, aunque es un hecho que ésta tuvo lugar. Por ello es necesario mostrar cómo, para asegurar la sujeción de las poblaciones autóctonas, los jesuitas crearon tal dependencia.

Inicialmente los indios fueron atraídos por los objetos europeos que hacían su trabajo más fácil y que ellos eran incapaces de producir. Las estrategias para obtener el control de la población local debían mantener vivas la curiosidad y las necesidades de los indígenas, de otro modo los misioneros corrían el riesgo de quedarse sin neófitos. Con los viejos y las mujeres grávidas adoptaban una especial atención, la distribución de comida a estas personas era un recurso eficaz para atraer las simpatías y hacerse de aliados fieles e incondicionales.

La meta buscada por el proceso de aculturación preconizado por los jesuitas debía concretarse en una gradual pero definitiva integración de los indígenas a los modos y normas

de vida occidentales enseñados en las misiones. Este objetivo de los jesuitas fracasó en Baja California fundamentalmente a causa de las limitaciones que el medio geográfico les impuso. En efecto, el número de neófitos que podía albergar un misionero estaba en relación con la disponibilidad de comida que tenía la misión, y la permanencia de los indios en ésta era indispensable para proceder a su aculturación integral.

Por la insuficiencia de los recursos alimentarios los californios estaban obligados a llevar una doble vida basada en dos estrategias de subsistencia completamente diferentes. En la misión llevaban una vida sedentaria y realizaban actividades propias de la cultura occidental. Después, cuando llegaba el turno a otra banda de ocupar la misión, los neófitos salientes tornaban a sus tradicionales formas de subsistencia: la recolección, la caza y la pesca. Algunas veces la falta de alimento en las misiones era tan grave que aunque la banda viviera en la misión, sus miembros se veían obligados a salir al monte en busca de alimentos.¹¹

Los niños de menos de doce años, los viejos que no podían resolver solos sus necesidades y las personas gravemente enfermas, eran los únicos indígenas que permanecían en la misión. Pero en realidad, su estancia en ella era también pasajera, pues los adultos morían o se curaban, y los niños, una vez que cumplían doce años, debían integrarse a su banda. La aculturación vivida en la misión daba por resultado que estos jóvenes tuvieran un desconocimiento casi total de las estrategias necesarias para sobrevivir por medios tradicionales de la cultura californiana, y estaban condenados a una muerte segura si no aprendían rápidamente lo que sus compañeros podían enseñarles.

El proceso de aculturación preconizado por la colonización jesuítica en Baja California tuvo un costo demográfico y cultural terriblemente elevado. El fenómeno de mortalidad masiva entre los californios fue provocado por la desintegración de la simbiosis hombre/espacio y por la consecuente pérdida de la autosuficiencia alimentaria, aunque las epidemias y los conflictos armados aceleraron la caída de la po-

blación indígena. Esta población autóctona de la península tuvo una baja de más de 90 por ciento al cabo del primer siglo de ocupación colonial, al pasar de 40-50,000 habitantes hacia 1697¹² a sólo 4,572 un siglo después.¹³

Por otra parte, aunque ciertos conocimientos sobre las cualidades de las plantas, los medios de explotar los recursos marinos o la utilización de otros recursos terrestres hayan sido transmitidos por los indígenas a los soldados y a los primeros colonos —rancheros y mineros—, se puede considerar que la esencia de la cultura de los californios fue completamente destruida por la dominación misional.

II

El aprovechamiento integral de los recursos naturales en la organización de la sociedad y la economía rancheras constituye el segundo modelo de las relaciones hombre/espacio que caracteriza la ecohistoria sudcaliforniana. Esta estrategia fue desarrollada por los colonos que poblaron el espacio peninsular desde mediados del siglo XVIII, sobre la base de la herencia del conocimiento que los indios californios tenían de la geografía regional, y aprendiendo de los misioneros ciertos medios para adaptar al entorno peninsular la forma de vida occidental. Entre éstos destacan el acondicionamiento del terreno para la práctica agrícola y la importancia de la ganadería. Muy lenta y limitadamente, primero como soldados y luego dedicados al mantenimiento de los centros agropecuarios allegados a las misiones, fue desarrollándose en Baja California un contingente de población civil cuya subsistencia reposaba en la economía ranchera.

La base de este modelo productivo lo constituyó la ganadería. Al igual que en la economía misional, el ganado bovino —y en menor medida el caprino—, aportaban una variada y valiosa cantidad de recursos que por mucho sobrepasaban los fines alimentarios y permitían la producción de artículos igualmente necesarios para la subsistencia. Al término del si-

glo XVIII, la subsistencia de los escasos 4,076 habitantes¹⁴ que poblaban el espacio peninsular dependió casi exclusivamente de la actividad ganadera. Fue entonces que la vital economía ranchera forjó su papel pionero en la historia sudcaliforniana.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la ganadería dejó de ser una forma elemental de subsistencia para perfilarse como una actividad económica preponderante. La posesión de *sitios de ganado mayor*¹⁵ empezó a dar a la tierra un valor económico y político que nunca antes había tenido en la región. Por otra parte, el aumento de la producción ganadera permitió cierto crecimiento demográfico a causa de un mejoramiento de las condiciones de vida en la península. Entre 1768 y 1857 quedó formalizado el establecimiento de los primeros ranchos sudcalifornianos y la economía ranchera como una actividad económica de suma importancia.

Autosuficiencia, austeridad y aprovechamiento variado e integral de la diversidad biótica fueron los tres pilares en los que los rancheros sudcalifornianos basaron sus actividades económicas, su organización social y hasta su concepción del mundo. Lentamente y de forma dispersa, en sitios que por sus características fisiográficas permitían la práctica de la ganadería y de la agricultura, se establecieron los núcleos familiares que fundaron los primeros ranchos peninsulares. La existencia de una fuente de agua permanente fue la primera condición indispensable para establecer un rancho, lo que explica su aislamiento y dispersión. Los manantiales, además de ser escasos en el territorio peninsular, generalmente se localizan en sitios recónditos, alejados unos de los otros y de difícil acceso a partir de las planicies y las costas.

Los rancheros contaban sólo con su entorno para extraer de él todos los alimentos y los utensilios requeridos. El uso integral de los recursos naturales y la austeridad fueron —como en las culturas autóctonas— la norma de vida y producción. Para un máximo aprovechamiento del agua —el recurso más indispensable y escaso—, en las actividades agropecuarias



Hoy

SOLDADO DEL
EJERCITO
NACIONAL
CON EL CASCO
RECIENTEMENTE
ADOPTADO.
(Foto de Enrique Diaz,
en el 47 Buzón)

AGOSTO 20
Nº 78
50¢

los rancheros retomaron los sistemas de irrigación que los jesuitas habían diseñado. La conducción del agua se hacía mediante la conexión de canales construidos con troncos de palmas cortados a lo largo y ahuecados en su centro. En el terreno, una vez despejado de piedras y enriquecido con tierra transportada de zonas aledañas en sacos de cuero sobre lomos de mulas, se construían acequias y diques para hacer llegar el agua hasta los cultivos.

Así, a la tradicional colecta de frutos, granos, tallos y raíces, los rancheros aunaron la práctica de la agricultura para producir sus alimentos de origen vegetal. Así, distribuyeron su trabajo y el terreno apto para el cultivo en dos zonas: la de irrigación y la de temporal.

En las huertas, por medio de un sistema de policultivo escalonado en tres niveles, el espacio y el agua se aprovecharon al máximo. En el nivel superior las palmas datileras aprovechaban la mayor insolación, pero por la estructura de sus hojas permitían cierta filtración del calor y la luz de los rayos solares. En el segundo nivel se producían naranjas, toronjas, uvas, duraznos, dátiles, higos, plátanos, mangos, aguacates, guayabas, etcétera, cuya abundancia variaba según la latitud y altitud en la que se localizara el rancho. En el nivel inferior se cultivaron algunos cereales —como maíz y frijol—, pero sobre todo hortalizas, como cebolla, tomate, repollo, ajos, chiles, etcétera.

Por la variedad de productos que se obtenían mediante este sistema de cultivo y la intensificación del uso del suelo, las huertas fueron un elemento esencial en la economía ranchera. La superficie total en la que se practicó este intenso sistema de cultivo fue muy reducida y su producto se dedicó al autoconsumo. La agricultura de temporal fue siempre considerada como complementaria a la de las huertas. Estaba generalmente abocada a la producción de cereales y de algunas frutas y verduras resistentes a los altos niveles de insolación y con bajos requerimientos de humedad.

Por otra parte, en los terrenos aledaños a los núcleos habitacionales nunca dejaron de aprovecharse la fauna y la flora silvestre. Respecto

a la primera hay que destacar que fue fundamentalmente apreciada por su valor cinegético. Venados, berrendos, liebres, conejos y palomas fueron los animales preferidos para complementar la alimentación ranchera de origen animal. Por ello, la presión de la cacería, que desde el siglo XVIII se ejerció sobre las presas mayores en la península, redundó en la casi extinción de algunas especies y en la peligrosa disminución de otras.

El aprovechamiento de la flora silvestre fue mucho más amplio, diverso, integral y racional que el de la fauna. Podemos clasificar el empleo que de la flora silvestre peninsular hicieron los rancheros en dos grandes grupos:

- a) recursos para la ingestión, alimentaria o medicinal, de humanos y de animales;
- b) las materias primas empleadas en la manufactura de las herramientas, el ajuar y la construcción.

El uso comestible de la flora silvestre varió según la época del año. Algunas especies eran consumidas en su estado natural, otras eran asadas, tostadas o cocidas. Además, para enfatizar la elevada autosuficiencia de esta sociedad, es trascendente precisar que en la flora silvestre los rancheros encontraron el sustituto de ciertos bienes de consumo que no eran producidos en la península. Tal es el caso del café, que fue remplazado por las semillas del palo verde (*Cercidium spp.*)¹⁶ y de la lipuga —también llamado ejotón o palo fierro— (*Pithecollobium confine*).¹⁷ Para sustituir el cacao se empleó la semilla de la joboba, con la que las rancheras producían un espeso y sabroso champurrado. La miel se extraía de dos fuentes naturales: de los enjambres silvestres y del quiote del agave, como lo hacían los antiguos californios.¹⁸ Este nutritivo producto sirvió como sustituto del azúcar.

El vasto conocimiento de las cualidades de la flora silvestre permitió a los rancheros desarrollar una rica tradición de herbolaria medicinal y producir variadas manufacturas. Por ejemplo, las hojas de palma se emplearon en el desarrollo del arte de la cestería y el tejido; para la cordelería se usaron las finas fibras extraídas

de las pencas del agave, conocidas con el nombre de pita. El zacate silvestre, secado y compactado, se usó para rellenar las alforjas de las bestias de carga. Con las maderas del cardón (*Pachycereus*) del copal (*Bursera hindsiana*) y del palo verde (*Cercidium peninsulare*)¹⁹ se fabricaban diversas partes de las sillas de montar. Una sustancia que servía como jabón se obtenía del fruto de la calabacilla amarga (*Ibervillea sonora*), de la cáscara del palo adán (*Fouquieria diguetii*)²⁰ y de cierto tipo de arcilla llamada "jaboncillo".²¹ La palma de taco fue aprovechada integralmente en el proceso de la construcción. Las varas de carrizo y de palo de arco, entrecruzadas o trabadas, constituían las paredes de la casa. Las resistentes y flexibles maderas del mezquite y del palo blanco servían para la construcción de los trapiches en los que se procesaba la caña de azúcar.

No hay que pasar por alto que una buena proporción del forraje con el que se alimentaron las numerosas cabezas de ganado fue consumida directamente de la flora silvestre que rodeaba a los ranchos. La originalidad de la economía ranchera consistió en adecuar la ganadería al pobre rendimiento forrajero que ofrecen las condiciones de aridez del medio geográfico, con base en el aprovechamiento racional e integral de los recursos naturales y de los productos agropecuarios.

El vasto y empírico conocimiento en el manejo de la ganadería llevó a los rancheros a establecer una estrecha relación con el marco ecológico en el que se establecieron, y basar el desarrollo de esta actividad en el ahorro de energía y en las diferentes condicionantes que determinan los ciclos de lluvia y sequía.²² La reducción de por lo menos 50 por ciento del forraje natural en épocas de sequía obligó a los rancheros a desarrollar diferentes alternativas para mantener con vida a sus rebaños, ya que a la natural falta de agua se aunaba el problema de la escasez de comida. Respecto al uso de los recursos forrajeros naturales, la ganadería ranchera mantuvo como principio fundamental evitar a toda costa su sobreexplotación. La estrategia básica para lograr este aprovechamiento racional fue el establecimiento disperso de los ranchos.

En la temporada de lluvias fue posible intensificar la práctica ganadera al concentrar a las vacas paridas en un radio que permitía tenerlas en el corral diariamente. El encierro relativo de los animales no concierne al ganado horro (aquel que siempre permanece fuera de los corrales). En la práctica de la ordeña todos los miembros de la familia participaban, y el principal producto que se obtenía sin duda alguna era el queso. Es necesario subrayar que la transformación de la leche en queso corresponde a una estrategia eficiente para conservar durante el mayor tiempo posible un producto perecedero y que sólo se obtiene en ciertas épocas del año.

En los meses de sequía el manejo de la ganadería era completamente extensivo. Sólo los animales enfermos, muy flacos o bien con cría, eran alimentados con los residuos del maíz, trigo y hortalizas. El grueso de los hatos pastoreaba ambulatoriamente en áreas más o menos definidas, por su gregarismo natural y por la disponibilidad tanto de la flora forrajera como de los aguajes. A lo largo de los años, los desplazamientos de las manadas formaron *corredores* conocidos por los rancheros, pues a ellos acudían para tener cierto control sobre su ganado.²³ Aunque éste se dejaba en libertad en esos corredores y áreas de agostadero, en una buena parte de los recorridos tanto de vacas como de cabras, el rancho, convertido en vaquero o pastor, acompañaba a sus rebaños, más que para evitar su dispersión y pérdida, para facilitarles la ingesta de la flora forrajera.

No cabe duda de que la ingeniosa organización espacio-temporal empleada por los rancheros fue la estrategia fundamental que les permitió utilizar al máximo los limitados recursos forrajeros de la naturaleza bajacaliforniana. Los recorridos de manadas y pastores a lo largo y ancho de los terrenos de agostadero de cada rancho indujo al establecimiento de ciertos *parajes* que tanto por su composición como por su dispersión y empleo, recuerdan el sistema que para el aprovechamiento del medio tuvieron los antiguos californios en sus territorios de recorrido.

Otro aspecto importante de la actividad pecuaria fue la múltiple utilización que los rancheros dieron a los derivados de reses y cabras. Además del fundamental aporte alimenticio de la carne, la leche y sus derivados, eran utilizados los cueros, huesos y cuernos. El cuero constituía una materia prima básica para la manufactura de la vestimenta, de la montura y de los aparejos. Además, también de cuero se fabricaban cuerdas y bolsas o *tanates*; en éstos se guardaba la semilla y el piloncillo y los cuernos fueron aprovechados en la elaboración de botones y cachas de cuchillos. Los huesos eran conservados y almacenados hasta que los compradores especializados los requerían acudiendo para ello de rancho en rancho. Otro derivado de la ganadería que destaca por su trascendente empleo fue el sebo, la materia prima que sirvió para el alumbrado en toda la península hasta la introducción de hidrocarburos o de la electricidad. Además, el sebo se empleó para producir jabón, y también simplemente como manteca para usos culinarios.

En el periodo de mayor productividad ganadera (1830-1900), se exportó buena parte de los bienes antes señalados. Las reses en pie, el cuero y el sebo formaron la producción excedentaria que permitió a la economía ranchera sobrepasar el autoconsumo e incorporarse al mercado regional, no sólo peninsular sino también noroccidental.

La baja densidad de población resultante de la dispersión en el establecimiento de los ranchos fue un factor esencial en la subsistencia de esta sociedad. La concentración de la población hubiera requerido un incremento de la producción en cada rancho, más allá de cierto límite de explotación del ambiente, lo que hubiera tenido consecuencias nefastas. El incremento de los miembros de cada familia determinaba el establecimiento de un nuevo rancho. Cada hijo que contraía matrimonio (según el número de habitantes del rancho paterno y la disponibilidad de recursos de la región) tenía la opción de permanecer en él, o bien, si los habitantes eran ya muy numerosos, debía fundar su rancho a cierta distancia del que lo había visto nacer.

Cuando los límites de explotación de la naturaleza ya no permitieron el establecimiento de nuevos ranchos, o bien atrofiaron la reproducción social en los antiguamente establecidos, se inició un movimiento migratorio. Por el contrario, en las regiones peninsulares donde la introducción de tecnología para la perforación de pozos trasmutó poco a poco el tradicional sistema productivo en el de la agricultura intensiva, se observó una inmigración paulatina de pobladores provenientes de diversas entidades del país y del extranjero. Estos cambios socioeconómicos impactaron las costumbres de la sociedad ranchera, hasta que su cultura desapareció de planicies y montañas bajas aledañas a los puertos.

Sin embargo, las cañadas y cuencas ubicadas en las abruptas serranías desempeñaron el papel de regiones refugio para la sociedad ranchera. La cultura e identidad que ésta construyó durante casi trescientos años se ha salvaguardado en estos aislados parajes. La valoración y estudio de sus estrategias de aprovechamiento racional e integral del medio geográfico son una fuente de conocimientos que abre múltiples vías de análisis para cuestionar la forma de relación hombre/espacio dominante actualmente en la región.

III

El tercer modelo que propusimos es el correspondiente a la estrategia de *saqueo de la riqueza peninsular* caracterizada por la *explotación intensiva y exhaustiva* de los recursos naturales. En él analizamos las relaciones que se establecieron entre los hombres y el medio geográfico regional donde prevalecieron la racionalidad del mercado, la especulación y la codicia. Este modelo coexistió con los anteriores desde el siglo XVI hasta el presente, y mantuvo una constante explotación abusiva y prepotente de los recursos naturales sudpeninsulares. Sin embargo, bajo una forma generalizada, este modelo se desarrolló en los siglos XIX y XX. Las consecuencias de este modelo han resulta-

do, en algunos casos, en alteraciones ecológicas graves e incluso irreversibles, al provocar el agotamiento y/o desaparición de especies vegetales y animales. Además, como consecuencia del saqueo, en muchos casos la extracción y explotación de las riquezas biótica y abiótica del espacio peninsular no redundaron en un incremento general y sustantivo del nivel de vida de la población regional.

Por su extensión y complejidad sería imposible reseñar aquí cada uno de los componentes de la historia de saqueo de las riquezas naturales de Sudcalifornia. Por ello nos limitaremos a presentar las líneas generales con las que articulamos su análisis y presentaremos en cada caso un ejemplo que permita ilustrar el proceso al que aludimos. El tipo de recurso natural fue el criterio ordenador; así, estudiamos la explotación de los recursos marinos, minerales y terrestres.

Entre los primeros destaca por su antigüedad, larga duración, dimensiones y trascendencia socioeconómica la explotación de las ostras perleras del golfo de California. Éstas fueron saqueadas por primera vez por el conquistador Hernán Cortés, y en gran medida determinaron la historia de exploraciones e intentos de colonización de Baja California en los siglos XVI y XVII. En la pobre península se buscó en vano la tierra de Jauja prometida por la literatura caballeresca, pero se encontró una riqueza perlera que valió la reputación mundial de nuestra aislada región. No obstante, fue a mediados del siglo XVIII cuando un fenómeno natural desencadenó la explotación intensiva de los placeres perleros. El soldado Manuel de Ocio fue advertido de que en la playa yacían gran cantidad de ostras; al recoger las perlas que el mar así entregaba, y sin hacer honor a su apellido, don Manuel se convirtió en el primer empresario y millonario de Sudcalifornia.²⁴ Los beneficios obtenidos de la explotación de los placeres perleros le permitieron financiar y explotar las minas de oro de la sierra de San Antonio, así como fundar el primer centro de población secular de las Californias.²⁵ Tras el saqueo vino un nuevo periodo de agotamiento de los placeres, y fue hasta principios del siglo XIX cuando

se reinició, con las velas hinchadas, la extracción de las riquezas perleras del Golfo. En 1874, con la introducción de la escafandra, además de sacar provecho de las bellas gemas del Bermejo se utilizó industrialmente el nácar para fabricar en Londres, Hamburgo y Nueva York botones, marquetería, cajas y otros lujosos objetos.²⁶ La explotación a gran escala atrajo a los grandes capitales, y la seguridad que éstos requerían les fue permitida por la concesión de la casi totalidad de las costas del Pacífico mexicano. Sólo la acuicultura practicada por don Gastón Vives —ilustre sudcaliforniano de origen francés— permitió retardar hasta 1940 el agotamiento de los sobreexplotados placeres. El emporio perlero que don Gastón había fundado en 1903 en la isla Espíritu Santo fue destruido por los abusos de la oleada revolucionaria en 1914, que pusieron fin a uno de los más destacados capítulos de la historia de la ciencia mexicana y erradicaron del panorama sudcaliforniano un gran potencial de desarrollo productivo.²⁷

En el medio marino, además de las ostras perleras también fueron saqueadas las ballenas grises, las nutrias, los lobos marinos, los atunes, los tiburones, y muchas otras especies que en ciertos años interesaron al mercado mundial. Afortunadamente, la mayor parte de estas especies se salvó de la extinción gracias a la sustitución de las materias primas por otras de origen químico, o bien, por la poca rentabilidad que alcanzó su explotación.

Entre la explotación de los recursos minerales, por sus dimensiones, la empresa más conocida y de mayor impacto histórico fue sin duda *El Boleo*. Esta compañía francesa explotó, desde finales del siglo XIX y hasta mediados del presente, los yacimientos cupríferos de las inmediaciones del poblado al que dio origen: Santa Rosalía. La calidad del cobre ahí extraído, además de redituar abundantes ganancias a la casa Rostchild —financiadora de la compañía— confirió a Baja California un renombre mundial que le valió premios y medallas.²⁸ Desgraciadamente, el disfrute de tales beneficios fue ajeno a los trabajadores que cotidianamente, con su sudor y algunas veces hasta con su vida, sus-

tentaron la extraordinaria productividad de la empresa. No obstante, hay que reconocer que los afanes por explotar el cobre dieron origen a una ciudad que durante algunos años fue la más poblada de la península y que enriqueció grandemente su poblamiento.²⁹

Cronológicamente, el cobre no fue el primer recuso mineral explotado en Sudcalifornia, primacía que ocuparon el oro y la plata. Aunque los yacimientos auríferos y argentíferos son bastante numerosos en la región, la riqueza de sus vetas fue limitada, lo que restringió la rentabilidad de su explotación. Sin duda, en este aspecto la empresa menos mal parada fue *El Triunfo Mining Co.*, establecida en las inmediaciones del poblado al cual debe su nombre.³⁰

Por el volumen, el recurso mineral más explotado en Baja California Sur ha sido sin lugar a dudas la sal, la cual se explotó en las islas del Golfo desde la época colonial, dio fama a la isla del Carmen y continúa hasta el presente colocando a nuestro estado en los primeros niveles de la producción mundial de esta materia prima. No obstante, los beneficios de la explotación de tan útil recurso, por su bajo costo de venta y su alto costo de transporte, nunca permitieron la formación de fortuna alguna que redundara sustantivamente en el desarrollo regional.

La explotación de los recursos terrestres se realizó separando aquellos producidos por la intervención del hombre y los de origen silvestre. En el primer grupo, explotando la tierra y el agua, se establecieron sobre los fundamentos de los antiguos ranchos tradicionales, campos agrícolas con características capitalistas. Así, desde mediados del siglo XIX se remplazó la práctica de una agricultura de subsistencia por la que respondía a las necesidades del mercado local y, en menor medida, a las del extranjero. Entre los productos agrícolas que más produjo la tierra sudcaliforniana destacan las hortalizas y los frutales, así como ciertas plantas de uso industrial, como la caña de azúcar y el algodón. Por las características de la geografía regional la agricultura no fue nunca uno de los pilares productivos de la entidad. No obstante,

el agua empleada fue tan valiosa que requirió para su distribución el establecimiento de reglamentos municipales.³¹

El caso del saqueo de la flora silvestre sudcaliforniana es relevante. Entre ésta los dos recursos que mayoritariamente se explotaron fueron la orchilla (*Ramalina* spp.)³² y el cascalote. La primera es un líquen tintóreo que abasteció las necesidades de la fina industria de los casimires ingleses desde 1870, y se encontraba abundantemente en los llanos aledaños a bahía Magdalena. La segunda es la corteza de diversas especies arbóreas (torote [*Bursera* spp. y *Pachycormus discolor*],³³ palo blanco [*Lysiloma candida*],³⁴ ciruelo [*Cyrtocarpa edulis*]³⁵ y ejote de palo fierro [*Olneya tesota*]³⁶) que tienen propiedades curtientes; éstas fueron empleadas en la misma época, e incluso hasta la primera mitad de este siglo, en las industrias local y nacional de la curtiduría. La explotación de ambas materias primas comparte el hecho de haber alcanzado peligrosos niveles de sobreexplotación, pero es divergente en cuanto al destino de los beneficios económicos que generó: la primera enriqueció los bolsillos de inversionistas extranjeros y la segunda favoreció el crecimiento del capital regional. Los escasos registros que existen sobre la explotación de la fauna silvestre nos impiden evaluar su impacto tanto ecológico como socioeconómico.

Respecto al modelo de saqueo sólo hemos perfilado algunas líneas de un proceso histórico cuyas consecuencias han tenido un elevado costo social y ecológico en la región. No obstante, mediante estos aislados ejemplos es posible notar ciertas constantes en el proceso de sobreexplotación de los recursos naturales, que han favorecido situaciones penosas que no deberían volver a ocurrir. Servirse a manos llenas de todo lo que ofrece este territorio como si fuera tierra de nadie; agotar o exterminar diversas especies de plantas y animales; conceder el usufructo del patrimonio regional a extranjeros negándoselo muchas veces a los habitantes locales, y dictar leyes y reglamentos completamente inadecuados a las condiciones naturales y socioeconómicas de la región,

son algunos de los aspectos que caracterizaron el saqueo de la riqueza natural de Sudcalifornia.

A manera de conclusión subrayemos que las relaciones entre la sociedad y la naturaleza en Baja California Sur no siempre se han caracterizado por ser irracionales y devastadoras. Se ha demostrado que en ciertas épocas los habitantes de esta región aprovecharon la riqueza natural de su entorno sin poner en riesgo la biodiversidad ni la capacidad de carga de los ecosistemas.

La historia ofrece valiosos conocimientos para entender mejor nuestro presente y para cuestionar nuestro desempeño en él, en tanto actores históricos. Conscientes de esa función,

al explicar las múltiples y variadas formas en las que ha sido posible vivir en la península, aprovechar la riqueza de sus recursos y disfrutar la majestuosidad de sus paisajes, el propósito es motivar la reflexión en torno a las profundas implicaciones que para el presente y el futuro tienen el conocimiento de las distintas estrategias que los sudcalifornianos han utilizado para relacionarse con su espacio. Amén de esta reflexión, sería posible analizar más críticamente la forma en la que actualmente nos relacionamos con el espacio y cómo lo afectamos, pero también sería una fuente de inspiración para recuperar o innovar medios más equilibrados para aprovechar el medio ambiente que nuestros hijos únicamente nos han prestado.

Notas

¹ Esto ha sido realizado en mi libro *Historia ambiental de Sudcalifornia. Análisis histórico de las relaciones hombre/espacio en Baja California Sur, 1500-1940*, que en febrero de 1995 fue honrado con la medalla al mérito "Profesor Domingo Carballo Félix" del premio estatal a la investigación (Universidad Autónoma de BCS y Gobierno del estado de BCS, en prensa, 1995).

² Julia Bendímez Patterson, "Antecedentes históricos de los indígenas de Baja California", *Estudios Fronterizos*, vol. V, núm. 14, Mexicali, Instituto de Investigaciones Sociales-UABC, 1987, p. 19.

³ Las *bandas* eran conjuntos de familias unidas por lazos de parentesco patrilocal.

⁴ Julia Bendímez Patterson, *op. cit.*, p. 85.

⁵ La obtención de agua por este sistema permitía a los californios permanecer varios días sin beber. Homer Aschman, *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*, Berkeley, London University of California Press, Cambridge University Press, 1959, p. 59.

⁶ Las pitahayas son cactáceas (*Lemaireocereus thurberi*; con el mismo nombre común se llama a la planta y a su fruto) muy abundantes en toda la península. Incluso hoy día, sus frutos son tan apreciados en la región que esta planta fue considerada como uno de los emblemas de Baja California Sur. Para la descripción y nomenclatura científica véase Norman C. Roberts, *Baja California Plant Field Guide*, La Jolla, Natural History Publishing Co., 1989, pp. 56, 119, 130 y 131.

⁷ José Francisco Castellanos y Arturo Cruz, "Aprovechamiento de los moluscos en la dieta aborígen", en Micheline Cariño (coord.), *Ecohistoria de los californios*, La Paz, UABCS, 1995, pp. 61-80.

⁸ Homer Aschman, *op. cit.*, pp. 71-76.

⁹ Jacobs Melville y Berahard J. Stein, *General Anthropology*, Nueva York, Barnes y Noble Inc., 1955, p. 125.

¹⁰ Esta versión ha sido presentada por Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1984; Miguel Mathes, "Baja California: A Special Area of Contact and Colonization, 1535-1697", en David Hurst Thomas (ed.), *Columbian Consequences. The Spanish Borderland in Pan-American Perspective*, Washington, Londres, Smithsonian Institution Press, 1990, vol. 3, capítulo 25; Constantino Bayle, *Historia de los descubrimientos y colonización de los padres de la Compañía de Jesús en la Baja California*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1933; Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California (1780)*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1988; y Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, La Paz, Gobierno del estado de BCS, 1989, entre otros.

¹¹ Juan Jacobo Baegert, *op. cit.*, p. 163.

¹² Homer Aschman, *op. cit.*, p. 145.

¹³ R. Serrera y M.D. Fuentes, "Panorama estadístico de los asentamientos dominicos en la Baja California, 1797-1812", en *Los dominicos y el Nuevo Mundo. Actas del Primer Congreso Internacional*, Sevilla 21-25 de abril de 1987, Madrid, Décimos, 1988, p. 542.

¹⁴ Sergio Ortega Noriega, "Ensayo de periodización sobre la historia socioeconómica del noroeste mexicano, siglos XVI a XIX", *Secuencia*, México, Instituto "Dr. José Ma. Luis Mora", 1985, p. 16.

¹⁶ Un "sitio de ganado mayor" tiene una superficie equivalente a una legua cuadrada, o sea, 1,755.51 ha.

¹⁶ Norman C. Roberts, *op. cit.*, p. 182.

¹⁷ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 70, nota 46.

¹⁸ *Ibid.*, p. 125.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 112, 142, y 182.

²⁰ *Ibid.*, pp. 168 y 210.

²¹ Miguel del Barco, *op. cit.*, nota 172; alcaparrosa o caparrosa: sal compuesta de ácido sulfúrico y de cobre o hierro. La llamada alcaparrosa blanca es un sulfato de zinc, p. 156.

²² Aurelio Martínez Balboa, *La ganadería en Baja California Sur*, vol. 1, La Paz, 1981, p. 135.

²³ *Ibid.*, p. 137.

²⁴ Harry Crosby, "Manuel de Ocio: primer millonario de las Californias", ponencia presentada en el *XX Simposio de la Asociación Cultural de las Californias*, Tecate, Baja California, mayo de 1982.

²⁵ Jorge Luis Amao Manríquez, "Minas y mineros en la Baja California", tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1981.

²⁶ Sanford Alexander Mosk, "Capitalistic Development in the Lower California Pearl Fisheries", *Pacific Historical Review*, vol. 10, USA, diciembre de 1941.

²⁷ Micheline Cariño y Carlos Cáceres, "La pericultura en la península de Baja California a principios de siglo", *Serie Científica*, vol. 1 (núm. esp. AMAC 1), La Paz, UABCS, 1990.

²⁸ José Borges, Graziella Sánchez, *Santa Rosalía y Guerrero Negro. Cobre y sal en el desierto*, La Paz, ISSSTE Baja California Sur, 1992.

²⁹ Juan Manuel Romero Gil, *El Boleo. Santa Rosalía, Baja California Sur: un pueblo que se negó a morir, 1885-1954*, Hermosillo, Universidad de Sonora, 1991.

³⁰ Ignacio Rivas, "El Progreso Mining Company. Su impacto social en El Triunfo, Baja California, 1878-1905", en *Sociedad y gobierno en el sur de la Baja California. Cinco aproximaciones históricas*, La Paz, UABCS, 1991, pp. 105-131.

³¹ Archivo Histórico del Estado de Baja California sur "Pablo L. Martínez" (AHPLM), San José, 1895, *Gobernación*, vol. 269, exp. 131.

³² Norman C. Roberts, *op. cit.*, p. 15.

³³ *Ibid.*, pp. 100 y 112.

³⁴ *Ibid.*, p. 199.

³⁵ *Ibid.*, p. 100.

³⁶ *Ibid.*, p. 192.





SECUESTRADOS!

Sergio Marín, Srta. Gral.
el Sindicato Unico de Bo-
storia, solicitó \$9,000 de la
fábrica de artículos "LA IM-
ERIAL". Pero la fábrica
está controlada por una coo-
perativa de trabajadores,
quienes se negaron a acce-
der a la demanda. Marín,
entonces, plantó la bandera
rojo negra en la puerta, de-
jando secuestrado al perso-
nal. (Foto Díaz).

JULIO 16

No. 73

50c